

# Nuestro catolicismo popular

IGNACIO CASTILLO S.

A pesar de las ínfulas de modernidad secularista de las últimas décadas de nuestro proceso histórico, la religiosidad del pueblo en Venezuela sigue siendo un elemento clave para la vida de nuestra sociedad. Vamós a tratar de enunciar algunos rasgos generales de este multiforme (se entrecruzan aquí regiones, etnias, clases sociales, tradiciones locales) y escurridizo (es un hecho social enraizado en las experiencias subjetivas) mundo de significados.

Que no se debe ver la religiosidad como desvinculada del conjunto de las relaciones sociales es una verdad de anteojitos. El hecho religioso se ubica de modo específico, allí está su relevancia, en el ámbito de la producción de sentidos para la existencia. La religión ha sido —y no ha dejado de ser, aunque de modos distintos— el más logrado intento de las colectividades humanas para la dotación de sentidos en orden a la construcción y el mantenimiento de los mundos sociales. Pero ha habido y hay religiones y religiones aun dentro de una misma confesión.

En una primera aproximación al catolicismo popular que hoy en día tiene vigencia en Venezuela, podemos resaltar tres características globales. Este catolicismo se vive y entiende como una religión de la vida y la naturaleza; es un catolicismo de segunda mano; y, en tercer lugar, opera como atestación de la

realidad social existente.

El objetivo salvífico de nuestro catolicismo popular no se refiere a lo histórico, a procesos concretos en los que el Reino de Dios avanza y se realiza, sino que se refiere más bien a las necesidades de la existencia grupal (campo) o individual (ciudad) según ciclos cerrados de tiempo, como los de la naturaleza (nacer - crecer - comer - curarse - morir - vivir para siempre; navidad - semana santa - fiestas patronales).

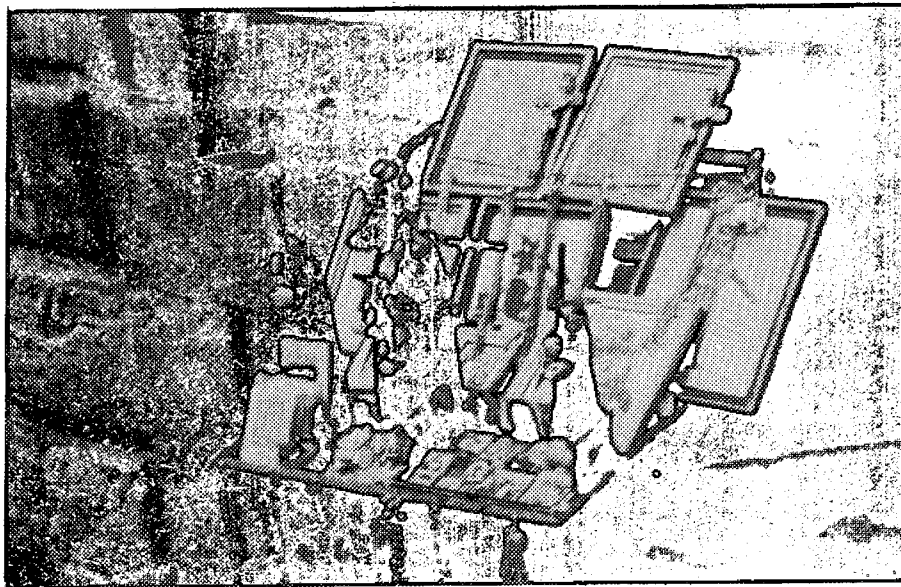
Las convicciones —mitos, en el mejor de los sentidos— que están en la base de las prácticas religiosas populares nuestras, aun siendo muchas veces, y sobre todo recientemente, autónomas (pero no antagónicas) con respecto a la ortodoxia eclesial (José Gregorio, María Lionza, Guaicaipuro, los altares y devociones familiares de los barrios, las promesas, los trabajos, etc.) y expresión directa del medio social donde tienen su origen, son convicciones de segunda mano; es decir: los individuos llegan a ellas por procesos de socialización en los que las creencias se asumen como connaturalmente, sin que medie una conversión u opción global respecto a lo que se cree. Ser venezolano es ser católico. Sí hay un espacio para las iniciaciones esotéricas de primera mano.

Los dos rasgos antes enunciados tienen que ver con el tercero. Como producción social de sentido, el catolicismo

popular en Venezuela ha operado y opera legitimando la situación económico-político-cultural existente. Los santos del panteón popular canonizan la situación de poder y dominación existente (ahora comenzamos a ponerle aureola a Renny) y la proliferación de opositores míticos (la Cachúa de la última pascua) desplazan la atención de los conflictos reales al campo de lo imaginario. En la religiosidad popular nuestra se combinan fatalismo y suerte con una rochelera afirmación de la vida, a pesar de las dificultades sufridas. No se trata por tanto de un conjunto de convicciones que favorezcan un proceso de modernización (hay otra serie de factores ideológicos que sí operan en este sentido, como la escuela y la televisión) y mucho menos la efervescencia de un proceso revolucionario (como está siendo el caso, por ejemplo, de vastos sectores del catolicismo popular nicaragüense). También es verdad que muchas representaciones religiosas populares, al no estar institucionalmente controladas, se salen por la tangente: si los doctores no cumplen, nos cura el doctor Hernández. El apoyo del Estado y los grupos dominadores de la sociedad venezolana a las políticas pastorales eclesiales que intentan reforzar, la mayor parte de las veces en vano, las convicciones religiosas legitimadoras del orden social existente, es obvio, y así se ha logrado superar el rancio liberalismo anticlerical de otras épocas.

Otro de los rasgos típicos del catolicismo popular en Venezuela sería su carácter a-institucional: "la religión es cosa mía. Los curas y la Iglesia, ahí están; si me hacen falta, bien; pero la religión es cosa mía". Es decir, que la institución eclesial aparece como parte, no la más importante, del archivo auxiliar del creyente. Esta actitud es similar a nuestras actitudes frente a muchas de las instituciones "cívicas" del país y probablemente tiene su explicación en nuestro proceso histórico.

Por otra parte, las migraciones del campo a las ciudades, el crecimiento —sin suficiente capacidad e interés de atención por parte de la institución eclesial— de los llamados barrios "marginales", el vertiginoso proceso de urbanización, de modo más global, ha





traído una serie de modificaciones que refuerzan algunos de los rasgos ya indicados. Para los vastos sectores del pueblo que siguen sometidos a una economía de subsistencia precaria, la estructura mítica tradicional de la religiosidad campesina no se ha modificado sino en los revestimientos de las imágenes que surgen ahora fuera del control de la institución eclesiástica, y en el objeto pretendido (ya no pesan las cosechas, se trata del trabajo, la vivienda, el cuadro de 5 y 6). Tanto los símbolos tradicionales (El Nazareno, la Comoto, La Virgen del Valle, las Animas) como los nuevos, en la ciudad, en el barrio, quedan privatizados: probablemente son los mismos santos los que están en cada rancho, pero estos símbolos han perdido su capacidad de convocación colectiva: a cada quien sus propios santos. Simultáneamente las relaciones de trabajo, convivencia, de la ciudad propician ámbitos de sentido psicologista, pragmatista, científicista, tecnologista, cada vez menos recurrentes a "lo religioso". Muchas veces esto crea, sobre todo en los jóvenes, una especie de pudor gnóstico con respecto al propio mundo religioso, que no se desmorona pero tam-

poco se muestra. Y muchas veces también se desmorona.

La ampliación de los "sufridos estratos medios de la población" se ha traducido en una masa "más cristiana" conforme a los criterios institucionales. Aquí ha sido un factor clave la presencia expansiva de la educación católica. Ha habido un acoplamiento entre las expectativas propias de la nueva situación social y los valores, ritos y moral propuestos, aunque con las contradicciones desde la modernidad antes enunciadas.

Uno tiene la impresión de que el desarraigo religioso de la mayor parte de los inmigrantes venidos al país e incluso nacionalizados, es bastante fuerte, sobre todo en el caso de los italianos. Con los españoles, mejor no meterse. Los portugueses, sin embargo, han tratado de reivindicarse de los negocios sobre el mostrador con sus espléndidas fiestas de Fátima en cantidad de parroquias y localidades.

De otros sectores sociales no hablamos al tratar de la religiosidad del pueblo.

El reflejo oficial que tratan de dar tanto la institución eclesiástica, como

los políticos en campaña, como los medios de comunicación social (menos quizás el cine nacional) es falso. Se presenta el catolicismo popular nuestro como algo intocado, con la intención al menos inconsciente de que no debe ser tocado.

A pesar de los rasgos enunciados no hay que olvidar que ha habido y existen organizaciones religiosas populares generalmente en torno a las parroquias. Las cofradías y la Legión de María son una buena muestra. Pero ¿cual es el vigor actual de estas organizaciones? Mucho más efervescente ha sido en los últimos años el movimiento de renovación carismática en estos y otros sectores, pero por ahora no vamos a entrar en razones. También es cierto que ha habido en las últimas dos décadas muchas pequeñas efervescencias religiosas de base popular en la línea del cambio social, en algunos casos con carga secularista, y que la dificultad principal ha sido mantener la especificidad religiosa y encontrar una continuidad consistente en estos procesos.

Todo esto se puede matizar ad infinitum.